

CAPÍTULO LII

VISITA Á ALCALÁ DE HENARES.—LA CASA Y EL CAMINO.—EL
VECINO LOPE —CERVANTES, INGENIO DE ESTA CORTE

En el verano de 1613, no se sabe por qué ni para qué, estuvo Miguel en Alcalá de Henares. No encontró allá parientes ni amigos. En Alcalá de Henares había muchas más cosas en qué pensar que en si había allí nacido un poeta que no era Lope. La ciudad había variado no poco de aspecto y manera de vivir. Los desórdenes y osadías de los estudiantes crecieron y se hicieron consuetudinarios.

Leed, no la grave *Historia de las Universidades*, del académico Sr. Lafuente, sino *La vida del buscón Don Pablos*, y decidme si es posible que en Alcalá se conservaran la disciplina ética y el respeto social necesarios para que la Universidad hiciese una labor fecunda. Como consecuencia de la zozobra en que los estudiantes traían constantemente á la ciudad no universitaria, emigraron poco á poco de Alcalá los rancios linajes complitenses, fueron borrándose los escudos y blasones de las casas solariegas, cuyos moradores iban á aumentar la confusión hirviente en la olla podrida de Madrid: sólo algún fanfarrón armatoste italianesco, tal como el de la fachada de los Lizanas, conservaba con dignidad el aparato nobiliario. Las demás casas, convirtiéndose en hospedaje de estudiantones y albergue de dómines Cabras, se aplebeyaban de día en día. Miguel no halló quien le conociese, quien le entendiera y, en cambio, pudo observar cuán diferente era la fiereza y desorden del trato entre los estudiantes

de Alcalá y aquella noble cortesanía y urbano proceder de los de Bolonia.

Italia, que, en pasados tiempos, había enviado aquí lo mejor, lo más fino y brillante de sus luces, ya no lo hacía, y no es necesario atribuir á Miguel una penetración inverosímil para poner en su pensamiento la idea que hoy vemos bien clara de cuán graves perjuicios habían de seguirse y se han seguido de que los españoles apartáramos de la luz de Italia nuestros ojos y los volviéramos, como entonces ya estábamos volviéndolos, hacia Francia, la cual en un principio no fué para nosotros un faro ni un foco, sino un espejo que nos devolvió, primero en su tamaño natural y después aumentadas grotescamente, nuestras dotes y nuestras macas nuevas y añejas. Lo que en toda la nación comenzaba á advertirse ya se notaba en Alcalá de Henares. No existía allí una ventana abierta hacia Italia y el saberlo y sentirlo hubo de causar á Cervantes tanta impresión, por lo menos, como el no encontrar casi nadie que le reconociera.

El desengaño de no ver proseguirse lo que él creía en su juventud comenzado con la mayor firmeza y solidez no le hizo desanimarse en sus proyectos. Ya sabía él que si en las *Novelas ejemplares* había algo ó bastante de fuente italiana, mucho había también de pura cepa española y, aunque quizás le costó trabajo, hubo de persuadirse de que esto último era lo mejor. En sus soledades de Esquivias había aprendido á escuchar el silencio, él cuyos oídos se avezaran al estruendo y fragor de los cañonazos y al barullo y algarabía de las galeras, de los puertos, de las cárceles y de los baños de Argel.

El hombre que escucha el silencio, el que sabe estimar lo que la soledad vale es el verdadero superhombre. ¿Creíais que nunca fué Cervantes un gran pensador solitario, como los amamos y los buscamos ahora? Pues ved á este hombre de la tertulia del librero Villarroel y de la Academia de casa de Pastrana y del mentidero de representantes, vedle abandonado á sí mismo cantar en el capítulo XX del libro III del *Persiles* aquellas estrofas de poética y dulce blandura: «¡Oh, soledad, alegre compañía de los tristes! ¡Oh, silencio, voz agradable á los oídos donde llegas, sin que la

adulación ni la lisonja te acompañen! ¡Oh, qué de cosas dijera, señores, en alabanza de la santa soledad y del sabroso silencio!... ¡Oh, vida solitaria, renta libre y segura que infunde el cielo en las regaladas imaginaciones, quién te amara, quién te abrazara, quién te escogiera y quién, finalmente, te gozara!» Mas fué tal su desgracia que ni aún de la soledad pudo gozar ni con el silencio regalar sus fatigados oídos.

Nos hallamos ya en los tres últimos años de la vida de Cervantes y vemos que fueron estos tres los de más desenfundada actividad literaria, aquellos en que, poseso de su inmortalidad y consciente de su inmenso valer, se daba prisa y prisa á aprovechar el tiempo y aun quería detener los pasos de la muerte, como Josué el sol, para seguir combatiendo. Amaba la soledad cuando ya no podía aprovecharse de ella: estimaba y anhelaba el reposo cuando ya no le era dable en manera alguna reposar: conocía su genio creador cuando no le quedaba espacio para que tantas creaciones cuajasen y se solidificaran.

Así le vemos en el prólogo de las *Novelas ejemplares*, dominado por la obsesión de sus obras futuras, anunciando al lector «con brevedad, dilatadas las hazañas de Don Quijote y donaires de Sancho Panza. Tras ellas (tras las *Novelas ejemplares*) si la vida no me deja — dice lleno de vagos presentimientos — te ofrezco los *Trabajos de Persiles*, libro que se atreve á competir con Heliodoro... y luego *Las semanas del Jardín*.» Y por si acaso la muerte llegaba antes de realizar tales propósitos, no dejaba de pintar su retrato para la posteridad, único cierto que poseemos, siendo cuantos se han pintado meras fantasías absolutamente faltas de grandeza estética y de precisión humana.

La lucha que en el alma de Cervantes demuestran estos tan vanos proyectos era perfectamente lógica y se ve con gran claridad. Para el entretenimiento y la edificación moral escribía y publicaba sus *Novelas ejemplares*, reflejos de Italia, de Sevilla y de Toledo, pero no eran aquellas, ni tampoco las comedias que ya no ofrecía siquiera á los comediantes avasallados por Lope, lo que turbaba y aprehendía su espíritu.

En él vino á introducirse la duda de si aquellas narraciones

circunstanciales y pasajeras, retratos de un estado de cosas que no había de durar y reflejos de unas costumbres que podían pasar de un momento á otro, cambiando las ciudades, como había cambiado Alcalá en cincuenta y tantos años, tendrían fuerza é interés bastantes para salvar su nombre de la obscuridad de los siglos. Llegó á pensar que el concepto de la existencia humana por él formado no tenía suficiente exactitud. Y como habían luchado en su interior el amor al silencio y á la soledad con la afición al ruido y á la turbamulta, peleaban ahora recio combate los dos grandes alicientes de la vida humana, la casa y el camino. En la segunda parte del *Quijote*, que ya casi acabada tenía, la casa parecía triunfar del camino, la vida quieta y reposada sobre la vida aventurera: en ella salían tan gratas representaciones de la tranquilidad burguesa como el hogar del discreto Caballero del Verde Gabán, tan sabrosas imágenes de la rústica holgura como las bodas de Camacho el rico, tan espléndidas visiones del vivir aristocrático cual los capítulos, casi la mitad del libro, que pasan en el castillo de los duques y tan suaves pinturas del bienestar accesible ya á las personas ricas aunque no fueran de la alta nobleza como las escenas que en casa de D. Antonio Moreno en Barcelona ocurren: finalmente, en la segunda parte del *Quijote*, aunque tal vez el final aún no lo viese enteramente claro Miguel, Don Quijote moría en la cama, como buen cristiano, renegando de sus locas aventuras. La vida era razón, era calma, era sosiego.

Pero tan poco seguro estaba Miguel de la certeza de este razonar, que al mismo tiempo iba labrando en las oficinas del entendimiento la luenga fábula de los *Trabajos de Persiles y Sigismunda*, en donde todo es camino, todo aventura, mutación y zozobra y las más variadas sensaciones sacuden el ánimo de los personajes y traquetean á los lectores de aquí para allá, siguiendo un itinerario fantástico, propio para cansar y fatigar á todo otro ingenio que no hubiera sido el mayor de España.

¿Cuál de los dos conceptos era el exacto? En sus últimos días, pensó Cervantes que el contenido en el *Persiles*. Mientras construía las dos obras, unas veces se acostaba á este parecer y otras veces al contrario. Y de todas maneras, apenas si concebi-

mos la agitación en que vivía Miguel, más joven á los sesenta y seis años que á los veinte ó más favorecido, por lo menos, con las dotes ordinariamente asignadas á la juventud, la viveza y frescura de la imaginación, las cuales aumentan considerablemente en la segunda parte del *Quijote*, y llegan á las lindes de la excitación hiperestésica en el *Persiles*.

¿Será muy aventurado pensar que esas *Semanas del jardín*, ya comenzadas en esta época y de las que en el lecho de muerte aún le quedaban ciertas reliquias y asomos, eran un libro de reposo, un libro de calma y de casa y no un libro de camino y de agitación? Desde la altura de sus sesenta y seis años contemplaba Miguel el panorama de su vida y encontraba en ella mucho más camino que posada, pero ¿no expresaría en esas *Semanas del jardín*, su aspiración ideal al goce de la soledad y á la música del silencio, que con tan lindas palabras cantó? ¿No pensó el humano Cervantes, como el humanísimo *Cándido* de Voltaire, que el fin último de la vida es el cultivo del propio jardín? ¿Acaso no es esta una eterna aspiración de la Naturaleza y en los remotos libros de la Sagrada Escritura no se presenta el Paraíso terrenal, que es como la Edad dorada, en forma de jardín ameno, y en los viajes mitos griegos y fenicios no hay un jardín de las Hespérides para coronar y premiar los esfuerzos dilatados del atrevido nauta?

Este título de *Las semanas del jardín*, anunciado ya en las *Novelas ejemplares*, nos sume en la mayor perplejidad. ¿Qué se haría de ese libro clave? ¿Cuál sería el concepto definitivo que en él se contuviera? Y la escasa estimación que ya nos merecía la mujer de Cervantes disminuye aún más al reparar el ningún cuidado que tuvo en recoger los manuscritos de su marido, porque, sin duda, aún después de muerto él y de aprovechado en lícita venta el original del *Persiles*, pensaba con su criterio mezquino de lugareña casi rica, que todas aquellas eran liviandades y locuras.

En medio de estas cavilaciones, Cervantes no mejoraba de fortuna. No pudo pagar la impresión ni el papel de las *Novelas ejemplares*, y hubo de abonarlo Francisco de Robles, quien, natu-

ralmente, por este hecho, ya tenía cogido á Miguel y casi obligado á venderle los privilegios que había ido sacando. Así se hizo el 9 de Septiembre de 1613. Miguel vendió las *Novelas ejemplares*, en precio de mil seiscientos reales y veinticuatro cuerpos ó volúmenes del libro. Piensen y digan lo que quieran quienes juzgan de estas cosas con el criterio y las ven con los ojos de hoy, no fué una mala venta, ni mil seiscientos reales era una cantidad despreciable, aunque en realidad se hubiese encarecido la vida considerabilísimamente, gracias á la detestable administración, á la venalidad y al fraude que comenzaron á constituir entonces un sistema de gobierno.

Repitamos el argumento hecho ya á propósito de la *Galatea*.

Cervantes no era considerado entonces, ni mucho ménos, como el mayor de los ingenios de la Corte. Cervantes era pobre. La celebridad suya, con ser tan grande que había pasado las fronteras, no era, en verdad, materia cotizabile todavía. En aquellos años solamente fué cuando Miguel cayó en la cuenta de que podía, en efecto, ganarse la vida con la pluma, siempre que no le faltaran los auxilios del conde de Lemos y los reparos del Ilustrísimo D. Bernardo de Sandoval. ¿Acaso—digamos una vez más—no conocemos hoy ingenios cuyas primeras obras han sido muy elogiadas por el público y por la crítica y á quienes ningún editor pagaría por otra obra nueva una cantidad equivalente á la que Francisco de Robles dió á Miguel? ¿Sabemos hoy, podemos adivinar quién de los novelistas y poetas conocidos y famosos que viven será inmortal ó si no lo será ninguno?

Pocos meses después de vendidas las *Novelas ejemplares* comenzaban á cobrar los herederos del alférez Rodrigo de Cervantes los sueldos atrasados que se le debían, cuyo total no se remató de percibir hasta 1654: La cantidad que la nación adeudaba á aquel héroe de la Tercera, muerto en las Dunas, eran sus haberes de varios años é importaba 71.543 maravedís. A Miguel le daba de un golpe Francisco de Robles por el privilegio de las *Novelas ejemplares* 54.400 maravedís. ¿Puede afirmarse con razón que era esta suma despreciable, relativamente á lo que no percibió el valiente soldado que murió peleando como bueno? ¿Excedían las

letras á las armas en punto á las recompensas que por ellas se conseguían? Para colocarnos en un punto de vista acertado no habrá sino pensar y decir claramente que ya entonces la nación era pobre, que no existía aquí sino bambolla y apariencia, que todo estaba mal pagado, letras, armas y lo demás, y que sólo el hecho de seguir viviendo en España sin protesta constante y violenta era indicio de una abnegación y una magnanimidad dignas de los mármoles y de los bronces. La arbitrariedad y la injusticia, la desidia y la pereza, la ignorancia y el orgullo vano se enseñoreaban de los de arriba y de los de abajo. Para pintar semejante estado social y político, Cervantes volaba demasiado alto. Eran precisos ingenios que á ratos tuviesen las alas del águila y á ratos las del murciélago, como el Señor de la Torre de Juan Abad.

Grandes fueron la aceptación y el agrado con que se leyeron las *Novelas ejemplares*. Ellas colocaban definitivamente á su autor en la fila y gremio de los llamados *ingenios de esta corte*. Al fin lograba, por su propio esfuerzo, lo que no consiguió, lo que tal vez no intentó con ahinco en Sevilla, penetrar en el sagrado recinto de los literatos. No hubo aquí un Francisco Pacheco que retratase á los *intelectuales* de su época, pero por seguro puede tenerse que sus caras y maneras no diferirían gran cosa de aquellas caras regalonas y optimistas ni de aquellos empaques señoriles de los poetas amigos de Pacheco. No era todavía un oficio ni una manera de vivir el ser literato, ni siquiera para el dichosísimo Lope. Este, como los otros, era un cortesano, y si el rey y la corte se movían, como solían hacerlo con frecuencia, ansiosos de fiesta y diversión, Lope tenía que seguir al rey y á la corte á donde fueran.

Era Cervantes vecino del Fénix de los ingenios, pues vivía éste en la calle de Francos, y Miguel, primeramente en la de las Huertas, frente á las casas donde se hospedaba el príncipe de Marruecos, y después en la casa donde murió, calle del León, esquina á la de Francos, que era propia de su amigo el presbítero D. Francisco Martínez Marcilla. Además se encontraban frecuentemente Miguel y Lope en las funciones y ejercicios de la Venerable Orden Tercera á que ambos pertenecían. Desde la segunda

mitad del año 1612 fué Lope de Vega más que nunca asiduo á estas devociones. Una gran desgracia, la que más hondamente sintió en toda su vida, le había asestado golpe rudísimo: la muerte de su hijo Carlos Félix, niño de siete años, de gentiles prendas y en quien Lope tenía puestos sus ojos y su corazón. Cantó sus dolores el llagado padre en aquella inmortal canción:

Este de mis entrañas dulce fruto...

donde el sentimiento paternal aparece sangrando y gimiendo por una vez más fuerte y profundo que en ninguna otra obra en España escrita. Ya en esta elegía incomparable se vislumbra que el dolor de sus entrañas había de conducir á Lope al arrepentimiento de sus pecados y extravíos. Pero á esta desgracia sucedió como natural secuela, la muerte de la esposa de Lope, Doña Juana de Guardo, que falleció de sobrepardo á primeros de 1613. Quedó el poeta solo en su casa, sin más sombra que la suya propia y la de su buena criada Catalina. Recogió entonces á sus dos hijos naturales, Marcela y Lope Félix.

Vivía casi enfrente de Cervantes. Viejo estaba Miguel, maduro Lope. Los años y las mayores desgracias habían pasado sobre sus rencillas y malquerencias. Lope y Miguel volvieron á saludarse. Las desventuras siempre son comunicativas, mayormente tratándose de un hombre tan necesitado de exteriorizar todos sus internos afectos como Lope de Vega, quien, digan lo que quieran sus poesías que íntimas parecen, no acertaba á vivir sólo consigo mismo. Pensaba, sí, ir y venir á sus soledades, pero sólo estaba en ellas una hora y muy luego había de dar pasto á su genio indomable haciendo, hablando, escribiendo, en constante actividad. Al ocurrirle las dos terribles desgracias seguidas, se acogió con nerviosa prontitud al sagrado de la V. O. T. en donde no faltaban hermanos piadosos y compasivos que le recordasen cómo, al entrar en aquella santa Congregación, escribió Lope sus famosísimos *Quatro soliloquios al arrepentimiento y conversión del pecador*, también titulados en la edición de Valladolid *Quatro soliloquios de Lope de Vega Carpio, llanto y lágrimas que hizo arrodillado delante de un Crucifijo pidiendo á Dios perdón de sus*

pecados, después de haber recibido el hábito de la Tercera Orden de Penitencia del Seráfico Francisco. Es obra importantísima para qualquier pecador que quisiese apartarse de sus vicios y comenzar vida nueva. En este título en el que, como en la obra que le sigue, puso Lope, cual en todas las suyas, su alma entera, se ve la sinceridad absoluta de sus sentimientos... y también se trasluce ó lo traslucimos después de leer los *Soliloquios*, la escasa confianza que él mismo tenía de perseverar en su contrición.

Muerto su amado hijo Carlos Félix, muerta su buena y pacientísima mujer doña Juana, los afectos de arrepentimiento crecían en el conturbado corazón de Lope. De seguro se los comunicó á Cervantes, ya en las reuniones piadosas de los terciarios, ya en la imprenta de Juan de la Cuesta, donde solían encontrarse, y de seguro que Cervantes le animó á publicar el cuadernito titulado, *Contemplativos discursos de Lope de Vega á instancia de los hermanos Terceros de Penitencia del Seráfico San Francisco. Uno es un coloquio entre San Juan y el Niño Jesús, refiriendo todos los passos de su Passion y muerte. Otro la negacion y lágrimas de San Pedro*. Lo que el arrepentimiento nuevo de Lope duró, su historia lo dice, pero aquí sólo se ha de apuntar como cosa colegible y hasta probable que, en la V. O. T. se vieron y se reconciliaron, no sin reservas mútuas Cervantes y Lope que, por la vecindad, se veían á diario. Prenda de esta reconciliación fueron algunas citas del nombre de Cervantes hechas de pasada y no siempre con grande elogio por Lope en algunas de sus comedias, como en *El premio de bien hablar*, cuando pregunta D. Juan:

¿No es Leonarda discreta? ¿No es hermosa?

y le contesta Martín:

¿Cómo discreta? Cicerón, Cervantes,
Juan de Mena, ni otro después ni antes,
no fueron tan discretos ni entendidos,

Consecuencia de ello fué también el que en el *Viaje del Parnaso*, cuando ya iban nombrados muchos poetas buenos, regulares y malos, como defensores del Parnaso, cayese allí Lope de Vega, llovido del cielo:

Llovió otra nube al gran Lope de Vega,
poeta insigne, á cuyo verso ó prosa
ninguno le aventaja ni aun le llega...

Hay en todas estas y otras muchas expresiones entre los dos grandes hombres cambiadas, momentos de sinceridad y franqueza y otros de artificio y conveniencia ó miramiento social. Conociáanse ya mútuamente, pero no se acababan de estimar, ni quizá de comprender en el respecto artístico ni en el particular y amistoso. No puede afirmarse de plano que los odios subsistiesen, aunque las fuentes del odio no se habían agotado en el alma de Cervantes, quien hasta en esto mostraba su brío juvenil. Tampoco puede aseverarse que llegaran en ningún momento ambos á una completa y franca inteligencia. Eran vecinos, se veían, el dolor los había juntado por un instante y los movimientos de la corte volvían á separarlos. De todas maneras, ya era Cervantes un ingenio de esta corte, y su nombre sonaba bien en todos los oídos y la discreción y moralidad de su *Novelas ejemplares* hallaban grata acogida en los criterios más graves y reparones. •

Para acabar de entremeterse en aquella sociedad, componía en los ratos en que descansaba del *Quijote*, y del *Persiles*, los áureos tercetos del *Viaje del Parnaso*, que no supo leer siquiera el señor D. Manuel Josef Quintana, quien jamás hizo versos tan llenos de sentimiento y de nobleza como toda la parte autobiográfica en este admirable poema contenida.

Desdichadísimo en los versos, dijo el señor Quintana que había sido Cervantes. Afortunadamente han llovido más siglos sobre el poeta de *la vacuna*, que sobre el del *Quijote*, con no hacer todavía cien años que murió Quintana. Bien muerto está el buen señor, y bien vivo, cada vez más vivo, el *desdichadísimo* Cervantes.

Pero si con el *Viaje al Parnaso*, que ya tenía en el telar, intentaba ganarse la confianza y la gratitud de todos los demás poetas cortesanos, no parece creíble que, dadas sus muchas ocupaciones y el gigantesco esfuerzo que estaba realizando y que había de hundirle en el sepulcro, pudiese Miguel frecuentar el trato y sociedad de todos aquellos señores. Más seguro es que

anduviera cada vez ménos y escribiera cada vez más. Con aquellas dos ingentes fábulas del *Quijote*, y del *Persiles* en la cabeza, debía de vivir en un mundo de ensueño y de pesadilla, dándose escasa cuenta de sus impresiones, sintiéndose otro yo escribiente y pensante distinto del yo andante, corriente y moliente. De este modo, su fe en sí mismo, lejos de abatirse, crecía y se afirmaba.

Con ella no dejaba de crecer su fe divina. Sólo en su casa, no oía más ruído que el lento rezongar de su hermana y de su mujer que, en un rincón, removían sus rosarios. Su amigo y casero el clérigo D. Francisco Martínez Marcilla le visitaba, tenía con él conversaciones discretas y apacibles, más de casa que de camino. Afuera, en la calle del León, vociferaban los comediantes en el mentidero. Pasaba Lope, se le quitaban todos los capelos, con grandes reverencias.

Desde su ventana, Cervantes veía en un breve espacio la gran comedia del mundo.

CAPITULO LIII.

EL VIAJE DEL PARNASO

En medio del camino de la vida, con la cadena al pie y la argolla al cuello, la mano que libre y sana quedara á Miguel escribió su inmortal epístola á Mateo Vázquez, obra de sangre y de dolor, de vida y de miseria, cual jamás pudo escribirlas el *dichosísimo* y afeitado burgués señor Quintana. Los tercetos de esta epístola son tan buenos como los mejores que se hayan escrito en castellano, sin exceptuar los del famoso capitán Andrada. A aquellos críticos chirles para quienes no cabe dudar que Cervantes escribía deprisa y corriendo, sin reflexión y sin lima, ¿cómo no les ha chocado el hecho de que las mejores obras poéticas de su pluma sean sonetos y tercetos y que, si alguna vez quería desahogarse y dar salida á los sentimientos íntimos que hervían en su corazón lo hiciese en sonetos como el de

¡Voto á Dios que me espanta esta grandeza...

ó como el de

Vimos en Julio otra semana santa...

y cuando no en sonetos, en tercetos, cual los de la epístola á Mateo Vázquez

Si el bajo són de la zampoña mía

ó los del *Viaje del Parnaso*.

Un quidam Caporali italiano...?

Tercetos admirables compuso cuando se vió en el último extremo de la angustia, allá en Argel. Admirables tercetos forjó cuando se hallaba en el último extremo de la vida.